

Los caminos del miedo

JOAN MANUEL GISBERT

ILUSTRACIONES DE Juan Ramón Alonso

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

La obsesión de Amberes



Capítulo 1

Hace más de medio siglo, una mujer de treinta años emprendió un peculiar y secreto viaje a la ciudad belga de Amberes.

Se llamaba Solange. Vivía en Toulouse, Francia. Era una persona de costumbres normales, empleada en una pequeña firma de distribución de productos farmacéuticos. Llevaba una vida tranquila y anodina, pero estaba muy interesada por los aspectos misteriosos y enigmáticos de la vida.

Había frecuentado determinados círculos de ocultistas que se decían enterados de cosas que la otra gente no sabía. En una de aquellas reuniones le revelaron que en Amberes había un lugar, una fábrica abandonada, a la que podían ir, una sola vez, quienes conocían su existencia y deseaban preguntar acerca de lo que más les inquietara en la vida.

Según le dijeron, ir a ese sitio tan especial, que ellos denominaban el lugar de Amberes, entrañaba ciertos riesgos. Puesto que muchos de los que iban preguntaban acerca de cosas que los tenían obsesionados desde hacía años, tras recibir la respuesta se quedaban a veces convulsionados o trastornados por un tiempo, o sufrían

cambios de personalidad y ya no volvían a ser los mismos, tanto para bien como para mal.

Solange estuvo tres años rechazando la idea de ir, pero cada vez le era más difícil quitársela de la cabeza. Al fin, la decisión se le hizo inevitable. Le resultaba absurdo conocer la existencia de un lugar como aquél y no aprovecharlo yendo a preguntar lo que más la atormentaba en las noches de insomnio.

A sus compañeros de trabajo no les reveló las verdaderas causas del viaje. Les dijo que iba a visitar a una anciana pariente a la que no veía desde hacía mucho tiempo, y no encontraron nada extraño en ello.

Capítulo 2

Su viaje en tren incluía una escala en París. No sólo por motivos de enlace ferroviario.

Antes de dar el paso decisivo, quería mantener una conversación con un hombre mucho mayor que ella, al que aún no conocía personalmente pero sí por carta y por teléfono. Habían mantenido una correspondencia bastante regular en los últimos años. Él le había aclarado algunas de sus dudas sobre cuestiones metafísicas. Era una persona lejana en la que, sin embargo, había aprendido a confiar.

Se citaron en un café tranquilo de la calle Vaugirard, cerca del Luxembourg, por donde él vivía.

Al verlo entrar le pareció que tenía aspecto de profesor de ciencias retirado. Era muy cuidadoso en la pulcritud de su vestuario. Se llamaba Charles, y había tenido un cargo oficial de mediana importancia. Aunque resultaba algo envarado, era capaz de ofrecer una compañía amable.

Se saludaron de manera un tanto rígida y convencional. Él parecía preocupado. Como ambos lo estaban deseando, entraron en materia en seguida.



—Me reprocho no haberle hablado claro hasta ahora, Solange. Pero nunca pensé que usted se atreviera a ir al lugar de Amberes. Su decisión me ha tomado por sorpresa, lo reconozco.

—No importa. Aquí estoy para escuchar lo que quiera decirme. Será mucho mejor así, en persona.

Les sirvieron unas bebidas. Él pasó un dedo mojado por el borde de su vaso y produjo unos sonidos asombrosamente armónicos.

—Me ayuda a concentrarme —aclaró, como si se disculpara, y a continuación, con el rostro grave, dijo—: lo que usted se propone es arriesgado. Muy peligroso, para decirlo con toda claridad. Estoy aquí por el placer de conocerla, y para pedirle que desista y vuelva a Toulouse.

Solange se quedó muy sorprendida. No era aquello lo que esperaba del encuentro.

—Le ruego que me comprenda, mi decisión ya está tomada. La he ido madurando a lo largo de estos años. Lo que necesito es que me aconseje para obtener el máximo provecho del viaje.

Charles bebió un sorbo de cerveza para darse tiempo.

—En primer lugar, tiene que saber que después de haber estado allí hay cosas que no vuelven a ser como antes.

—¿Cuáles? —preguntó Solange.

—Depende de cada caso —matizó Charles, evasivo—. Pero hay un antes y un después de Amberes. A eso no escapa nadie.

—Lo que yo quiero preguntar allí es algo que preocupa a mucha gente.





Iba a decirle qué era, pero él la detuvo con un gesto.

—Puede ser. Pero tenga presente que si va, lo hará por sí misma, no en nombre de los demás. Dentro de la fábrica se encontrará completamente sola.

—He estado sola en muchos momentos de mi vida. Es una de mis situaciones habituales.

—Allí lo estará como nunca lo ha estado. No hay comparación posible. En el mundo sólo hay tres lugares como el de Amberes, y los otros dos son inaccesibles. ¿Puedo hablarle con absoluta sinceridad?

—Desde luego, es lo que espero. Usted nunca me ha defraudado.

—Quizá lo haga esta vez, pero no me queda otro remedio. No vaya a Amberes, Solange. Olvide lo que le dijeron. Renuncie a su pregunta. Aprenda a convivir con la incertidumbre, con las grandes incógnitas, como hace la inmensa mayoría de la gente.

Ella lo miraba sin poder creer que él le hablara de aquel modo.

—Pero si hay una posibilidad, aunque sea pequeña, ¿por qué no intentarlo si nos puede ayudar?

—Supone demasiado riesgo. Déjelo para los que buscan emociones fuertes o experiencias límite. Por lo que la conozco a través de sus cartas, usted no es de esa clase de personas. Es demasiado sensata y razonable para eso.

Solange dudó un poco antes de preguntarle:

—¿Ha estado usted en la fábrica de Amberes?

—Nunca —dijo Charles, categórico, del modo seco en que responde quien oye una pregunta que esperaba y



para la que tiene una respuesta a punto, aunque no sea la verdad—. No le negaré que la idea me tentó más de una vez, pero al fin dejé que se impusiera la razón. A pesar de todo lo que le han dicho, piénselo bien, Solange. ¿Qué se puede esperar, en el fondo, de un edificio como aquél, abandonado, solitario, perdido entre viejos talleres y almacenes? Dígame, con sentido común, ¿qué respuesta, mensaje o revelación se puede recibir en semejante sitio? Allí sólo oír el chirriar de las grúas del puerto, las sirenas de los buques, los carretones con llantas metálicas que golpean el adoquinado, el ir y venir de los camiones y voces lejanas que gritan órdenes a todas horas.

—No me ha dicho la verdad —dijo ella, con toda la firmeza que los años ya le daban—. Ha negado haber ido a Amberes, pero estoy segura de que fue. Y, sin embargo, sigue vivo, con la mente lúcida. ¿Por qué no voy a poder ir yo?

Charles puso la mayor intensidad en su respuesta:

—Por lo más sagrado, por lo más sublime, por usted y por mí, que sólo viviremos una vez en el mundo, le doy mi palabra, le prometo que nunca estuve allí. ¿Sabe por qué? Me faltó valor. Pero con el tiempo, después de las cosas que se oyeron, acabé alegrándome de no haber ido. Sólo con que algunos de los rumores que corrían fuesen ciertos, había suficiente motivo para no poner nunca los pies en esa fábrica.

—¿De qué rumores se trataba? —preguntó Solange, con un principio de agobio que ya empezaba a provocarle dolor de estómago, su lugar más vulnerable.

Charles bajó la voz, aunque no había nadie en las mesas cercanas:

—Se decía que algunos de los que fueron al lugar de Amberes se suicidaron o se volvieron locos poco después de haber estado allí. Otros, simplemente no regresaron. Se quedaron en Amberes y luego desaparecieron. No se supo nada más de ellos.

El hombre hizo una pausa sombría. Sus ojos casi suplicaban cuando dijo: —Solange, no dé un paso que luego pueda estar lamentando cada día de su vida. No ponga en juego, a cambio de nada, algo tan delicado y frágil como es el equilibrio de la mente.

—No es a cambio de nada, Charles. —Ella se atrevió a llamarlo por primera vez por su nombre de pila, hasta entonces siempre había sido el señor Dubois—. Es para saber lo que más me inquieta en esta vida, la gran duda acerca de...

—No —la interrumpió el hombre, como había hecho antes, pero de manera más firme—, no me lo diga, no quiero ni debo saberlo. Ni usted tiene que decírselo a nadie, nunca. Es una cuestión personal, el más íntimo y profundo de los secretos. Es algo a lo que se compromete todo aquel que quiere ir a Amberes.

—Pero ¿no vamos todos a preguntar más o menos lo mismo?

—Es posible, no lo sé. Pero en cada uno la pregunta adopta una forma distinta. Esa diferencia es esencial. Y la respuesta nunca es exactamente la misma.

Ella guardó silencio. Escuchaba absorta el sonido que Charles producía al deslizar el dedo por el borde del vaso.

Estaba muy decepcionada. No quería dejarse influir más de la cuenta.

—Quiero que me prometa ahora que no irá. Deme esa tranquilidad. Se lo agradeceré no sabe cuánto, como el mayor favor que puede hacerme. Prométamelo, Solange.

Ella estaba completamente segura de que a Charles le había ocurrido algo tremendo en la fábrica, algo que le había dejado una huella imborrable.

—Por la buena amistad que nos une, no quiero engañarlo, Charles. No puedo prometerle eso. Pero lo seguiré pensando hasta el último momento.

Con aire de amarga resignación, sin mirarla, como si cumplierse un deber ineludible, él dijo:

—Si al fin comete la enorme equivocación de ir, tenga en cuenta lo siguiente: no entre en la fábrica, por ningún motivo, si es de noche, o si el atardecer se acerca y la oscuridad puede pillarla dentro. Lo mejor es que vaya por la mañana, con muchas horas de luz por delante.

—Si se da el caso, lo tendré presente.

—Y, por último, siento decirle, Solange, que si usted entra en la fábrica de Amberes, ya no podremos seguir en contacto. Para mí va a resultar muy triste, pero será inevitable.

Ella vio en sus ojos una extraña melancolía, el rastro de un miedo que aún seguía vivo. Por alguna razón, él necesitaba apartarse de todo lo que removiera sus recuerdos de Amberes. Y ella se los estaba haciendo revivir, y lo haría más aún a su regreso de Bélgica si volvían a encontrarse.

Por todo ello, aquella despedida tuvo el aire de un adiós definitivo.